

xii.—Pág. 101. La nueva Jerusalén no llora, etc...

Alusión á una hermosa medalla de Tito, que representa una palmera, con una mujer sentada y encadenada al pié del árbol: su leyenda es: *Judea capta*.

xiii.—Pág. 102. La reina de los ángeles.

Esto hace naturales y verosímiles los viajes de Cimodocea.

xiv.—Pág. 102. Yo soy Pánfilo de Cesarea...

Pánfilo el mártir, discípulo de Timoteo, y condiscípulo de Eusebio, el cual se ha nombrado ya entre los prohombres cristianos que encuentra Eudoro en Alejandria.

xv.—Pág. 102. Al pié del monte Aventino...

Todavía se enseña esta prision en Roma.

xvi.—Pág. 102. Cada día le llevaba nuevos compañeros...

De esta manera, un mismo acontecimiento reúne en Roma á todos los personajes: tales como Demodoco, Cirilo, Zacarías, el ermitaño del Vesubio, etc.; y pronto el cielo va á conducir á Cimodocea al lugar del sacrificio.

xvii.—Pág. 102. Aquellos confesores habian convertido la cárcel en iglesia.

Esta pintura de la felicidad de que gozaban en las prisiones es exacta. Fleury solo dará al lector curioso el medio de justificar todo lo que yo digo aquí. (*Cost. de los Cris. e Hist. Eccles.*)

xviii.—Pág. 102. El pontífice de Roma, desde un ignorado retiro...

En todas las calamidades públicas, siempre hay algunas víctimas que se salvan del furor de sus enemigos: no se hallaban todos los cristianos encerrados en los calabozos durante las persecuciones, así como todos los franceses no estaban tampoco encarcelados en el reinado del terror.

xix.—Pág. 102. La hermosa y brillante Aglaé.

Este es el fin de la historia de Aglaé, de Pacomio y de Bonifacio, que principió en el libro quinto; y se va á ver también el fin de la historia de Ginés.

xx.—Pág. 103. Hijo mio, replicó el descendiente de Casio, etc.

Esta sencilla narracion de Zacarías está fundada en la historia. Constancio subyugó efectivamente algunas tribus de los francos, y los hizo pasar á las Galias, á las inmediaciones de Colonia.

xxi.—Pág. 103. La feliz reunion de Constantino.

Con esto se prepara el desenlace, y se anuncia el triunfo de la religion.

xxii.—Pág. 103. Valeria, habia sido desterrada al Asia.

Esto está conforme con la verdad, y separa de la escena á dos personajes que ya no eran necesarios. Únicamente se han recordado aquí para satisfacer al lector, que hubiera podido preguntar lo que habia sido de ellos.

xxiii.—Pág. 103. Deseando inducir á Diocleciano.

Ya se verá luego á Eudoro afearse este designio como criminal; pero entretanto sirve para conservar la esperanza en el ánimo del lector hasta el último momento; y recuerda al mismo tiempo el rasgo mas conocido y notable de la his-

toria de Diocleciano. Era menester, por otra parte, según la regla dramática, que el héroe fuese culpable de una leve falta.

xxiv.—Pág. 103. No tardaron en descubrir...

Pasando yo á América con unos sacerdotes que huían de la persecucion, fui testigo de una escena poco mas ó menos semejante. Siempre que sobrevenia alguna tempestad, iban los marineros á confesarse con aquellos mismos hombres á quienes acababan de insultar.

xxv.—Pág. 103. El Salvador descubre la nave de Cimodocea...

La intervencion de lo maravilloso es aquí absolutamente necesario; pues sin ofender todas las conveniencias ni aun todas las verosimilitudes, no podia ir Cimodocea de su propio movimiento á buscar á Eudoro á Italia; pero el cielo, que quiere el triunfo de la cruz, conduce á esta inocente víctima al lugar del sacrificio.

xxvi.—Pág. 103. El viento... hasta entonces...

Yo pinto en este naufragio mi propia aventura. Volviendo de América, se levantó una tempestad del Oeste que me echó en veinte y un días desde la embocadura del Delaware hasta la isla de Origny, en la Mancha, é hizo tocar la embarcacion en un banco de arena. En mi última navegacion, pasé sesenta y dos días para ir desde Alejandria á Túnez; toda esta travesía, hecha en medio del invierno, fue una especie de naufragio, continuó; tres gruesas naves de Malta perecieron á nuestra vista, y la nuestra, que era la cuarta, se halló en sumo peligro. Esto es comprar algo caro, me parece, el placer de pintar la naturaleza.

xxvii.—Pág. 104. Las ondas se desplazan con uniformidad...

Es menester confesarlo; nunca he observado, en medio de las mas furiosas tempestades, ese caos, esas montañas de agua, esos abismos, ni ese estruendo que se ve en las tempestades que pintan los poetas. Yo no he encontrado mas que á Homero que sea veraz en estas especies de descripciones; casi todas se limitan á pintar la negrura de las olas. He observado, por el contrario, este silencio y esta especie de regularidad que describo aquí, y nada cabe tal vez mas espantoso. Algunos marinos á quienes he leído la descripción de esta tempestad, me ha parecido quedar muy satisfechos de la verdad de los accidentes. Los críticos que piensan que se puede imitar bien la naturaleza sin salir de su gabinete, están, á lo que creo, en el error. Cópiese tanto como se quiera un retrato fiel; nunca se podrán coger todas aquellas sombras ó queiebras de la fisonomía que solo puede dar el original.

xxviii.—Pág. 104. El inmediato escollo cambia al parecer de lugar...

Es necesario haberse encontrado en una situacion semejante para poder juzgar bien del gozo y del terror que se experimentan en un momento como este. Siento no tener la carta que escribí á Mr. de Chateaubriand, mi hermano, quien pereció con su abuelo, Mr. de Malesherbes. En esta carta le daba cuenta de mi naufragio, y en ella hubiera encontrado ahora algunas otras circunstancias que se han borrado ya de mi memoria, aunque esta me ha engañado pocas veces.

xxix.—Pág. 104. Arrojan al mar algunos sacos llenos de piedras.

Así es como detenían los antiguos sus bageles en fondos cenagosos. El ancla sagrada era un ancla reservada para los naufragios, llamada entre nosotros el ancla de la esperanza. Los antiguos han hecho muchas veces alusion á esta ancla sagrada, entre otros, Plutarco, que se complace en servirse de imágenes sacadas de la navegacion y de las embarcaciones.

LIBRO VIGESIMO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 104. No precedió á Cimodocea...

Hay muchos ejemplos de estos honores poéticos que se han tributado en la antigüedad á personajes distinguidos: citaré

solo el de Platon, que fue recibido así por Dionisio en su segundo viaje á Sicilia.

ii.—Pág. 104. Architas.

Gran matemático y célebre filósofo pitagórico. Era de Tarento, y en su patria le erigieron un monumento que se veia de muy lejos.

iii.—Pág. 105. Era una de las Galeras...

Véase el libro XVIII, y la nota XXIV del mismo libro.

iv.—Pág. 105. ¡Ah! ¡es preciso que Tarento haya conservado irritados á sus dioses...

Proponiendo un día á Marcelo que quitase de Tarento las estatuas, por haber sido infiel á sus juramentos, respondió:—Dejemos á los tarentinos sus dioses irritados.

v.—Pág. 105. Así pinta el eantor de Ilión.

Pluton sort de son trone; il palit, s'ecrie, etc.

BOILEAU.

vi.—Pág. 105. Así se eleva una encina, cuya copa toca al cielo...

Véase el *Exámen*.

vii.—Pág. 105. El *Mercurio* de Zonodoro, etc.

He escogido con preferencia, para descubrir las obras maestras que no existen ya en el día, y cuya lista he tomado de Plinio; únicamente me he permitido pintar según mi imaginacion el *Sátiro moribundo* de Protogénes, de quien la historia no nos ha conservado mas que el nombre.

viii.—Pág. 106. En un ángulo de esta sala veíase al *Apolo*... y en el... opuesto descollaba el grupo de *Lacoonte*...

Nosotros tenemos estas dos obras maestras. El *Lacoonte* se encontró en las ruinas de Termas ó del palacio de Tito.

ix.—Pág. Ya sabes que te amo...

Después de esta frase habia: «¿Es tan temible un amante?» Yo he hecho desaparecer esto por lo mucho que se asemejaba al estilo de novela. En general este pedazo se ha suavizado mucho. Después de la última palabra que termina el aparte, habia media página del mismo lenguaje amoroso, que he suprimido también por la razon indicada. Es suma felicidad para mí cuando puedo ser mas riguroso que los críticos.

x.—Pág. 106. Por medio de filtros y de encantamientos...

Después de estas palabras habia una respuesta de Cimodocea, que no era mas que una imitacion de dos versos de Ote-lo: no me ha parecido bien conservarla, aunque ha sido alabada por la Harpe, y es digna ciertamente de alabanza.

xi.—Pág. 106. La sabiduría, jóven demasiado amable...

Esto no es mas odioso que el lenguaje del *Hipócrita* (1). La filosofía, así como la religion, tiene también sus monstruos.

(Nota del traductor).

xii.—Pág. 106. ¡Morirá, si tú eres mía!

Repito que yo no he inventado esta horrorosa escena. ¡Ojalá no fuese mas que una ficcion!

xiii.—Pág. 107. Persigue.. á Cimodocea...

Después de estas palabras se leían unos siete renglones, en donde pintaba este pasaje de la escena de Hierocles y de Cimodocea: he suprimido esta pintura, aunque esta supresion me ha hecho malograr una comparacion que siento mucho.

xiv.—107. Demodoco conoce á su hija.

Se ve que me he acordado de la historia de *Virginio*, contada por Tito-Livio de un modo tan peregrino.

(1) *El Tartufe*, comedia de Molière.

xv.—Pág. 107. La reina de los ángeles la fija...

La intervencion de lo maravilloso era aquí absolutamente necesario, pues acaba, con las otras razones sacadas de la naturaleza de la escena, de hacer verosímil la presencia de Cimodocea en la galeria.

xvi.—Pág. 107. El prefecto de Roma que favorecia...

Esto hace natural esta seducción, y le quita lo que hubiera podido tener de novela ó inverosimilitud. Dios, que va á castigar á Hierocles, se sirve, como acontece por lo regular, de las pasiones de los hombres, y de un incidente extraño al crimen que él castiga.

xvii.—Pág. 107. ¿Tu hija es cristiana?

Terrible pregunta que decide de la suerte de Cimodocea.

xviii.—Pág. 108. Pero como sus traiciones no están bastante probadas...

Aquí se ven los inicuos arreglos de la conciencia de un hombre que no tiene la fuerza necesaria ni para ser enteramente virtuoso ni enteramente criminal.

xxix.—Pág. 109. Cuando un bajel ha naufragado.

Odissea, lib. XXIII.

xx.—Pág. 109. Cantad, dijo... amigos míos...

Este anuncio del martirio por Zacarías, y en seguida por el lector, produce un género patético desconocido del politeísmo, y que sale de las entrañas mismas de nuestra admirable religion.

xxi.—Pág. 109. Angel de los santos amores.

Es el ángel que ha herido á Eudoro por orden de Dios, y por lo tanto era natural dirigirse á él para saber los sentimientos de Eudoro.

xxii.—Pág. 110. Eudoro, siervo de Dios, etc.

Esta es la fórmula de las cartas de los primeros cristianos. Pueden verse las epistolas de los apóstoles, y especialmente las de San Pablo, de las que se ha sacado esta fórmula, palabra por palabra. El *nos* estaba también usado en esta comunidad de hermanos desgraciados.

xxiii.—Pág. 110. Corta el hilo de su tela...

Véase á *Job*, *Ezequias*, *J. B. Rousseau*.

xxiv.—Pág. 110. El primer año de la persecucion...

La persecucion de Diocleciano llegó á ser una era por la cual se han fechado muchos escritos de esta época.

xxv.—Pág. 110. ¡Te perderá tal vez y no es cristiano!

Eudoro es cristiano, y por eso es superior á la desgracia, pero sin ser insensible á ella.

xxvi.—Pág. 110. Hé aquí el saludo...

Fórmula de las epistolas apostólicas.

LIBRO VIGESIMO PRIMO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 110. Lozanas ramas de Eneldo y ceñida la sien con coronas de rosas...

Se pueden ver en Ateneo todos los pormenores sobre los banquetes y las coronas de los antiguos. El aneto de que se servian en los festines era bastante semejante al hinojo.

ii.—Pág. 110. El banquete de Alcibiades...

El banquete de Platon ha sido traducido por la abadesa de Fontevrault y por Racine. Faltaba el discurso de Alcibiades, y Mr. Geoffroy lo ha dado en su *Comentario* sobre Racine.

iii.—Pág. 110. Hubiérase dicho que marchaban al martirio...

Se habrá podido notar que es el hermoso cuadro de Le-sueur.

iv.—Pág. 110. ¡Invención sublime de la caridad! etc.

«Se han visto prelados, que por falta de altar han consagrado en manos de los diáconos; y el ilustre mártir San Luciano de Antioquia consagró sobre su pecho por estar atado de manera que no podía moverse.» (FLEURY, *Cost. de los Crist.*)

v.—Pág. 111. Su friso estaba adornado...

No se ignora de qué modo Homero, Virgilio y el Tasso han utilizado estos pormenores poéticos. Los adornos que he puesto en los bajos relieves están sacados de la Historia Romana, y no les he dado una relación directa con la situación de Demócrito. Me ha parecido más natural seguir el ejemplo de Homero, que pinta escenas variadas en el escudo de Aquiles.

vi.—Pág. 112. Tímida cristiana.

El pequeño papel de Blanca se encuentra tal vez en la naturaleza. Se ven, especialmente entre el pueblo, un gran número de estas mujeres que tienen un corazón compasivo, pero cuyo carácter es débil y tímido, y que no se atreven, por decirlo así, á hacer buenas acciones, sino á escondidas. No se vaya á creer, no obstante, que todos los cristianos de esta época fuesen héroes, ni todas las cristianas heroínas. Hubo muchas caídas durante la persecución de Diocleciano. ¿Cómo se ha podido suponer, en vista de esto, que Cimodocea, que da su sangre con tanta sencillez, no manifiesta bastante valor?

vii.—Pág. 112. Feste siguiendo las fórmulas acostumbradas...

Hubiera yo tenido por un sacrilegio el cambiar ni una sola palabra de esta grande escena del martirio, en la que los testigos del Dios vivo fueron actores sublimes. He conservado, y he debido conservar la sencillez del diálogo, la magestad de las respuestas y la atrocidad de los tormentos. ¿Y por qué había de mostrarme más delicado que la pintura? Sin embargo he procurado atenuar el vivo colorido del cuadro, separando de la vista lo que podía revolver los sentidos como el olor de las carnes achicharradas, y otros mil pormenores que se leen en las historias. Por medio de comparaciones alegres, con la presencia de los ángeles y la especie de impasibilidad de Eudoro, he disminuido el horror del tormento. Desearia tener aquí por jueces á los hombres del arte, pues son los únicos que pueden conocer la dificultad del asunto. Remito al lector á las *Actas de los Mártires* recopiladas por Ruinart, y traducidas por Maupertuy, á la *Historia Eclesiástica* de Fleury, y á las *Memorias* de Tillemont.

viii.—Pág. 112. Observa con atención mi rostro.

Ya dije en el *Exámen*, que esta palabra de Eudoro era sacada de los *Macabeos*, y que un crítico me ha hecho el honor de creerla invención mía; esta palabra se encuentra en el martirio de Santa Perpétua. ¿No es también muy extraño que se haya ignorado que siempre precedía el tormento á la muerte de los cristianos acusados? Ha habido confesor á quien han dado tres ó cuatro veces tormento antes de condenarlo á muerte. ¿Qué se podrá pensar de aquellos que, tomando contra mí la *defensa de la religión*, muestran á la vez su ignorancia y su impiedad en las vergonzosas burlas que hacen sobre los padecimientos de los mártires?

xi.—Pág. 113. Eudoro en el discurso de sus gloriosas actas.

Aquí empieza el episodio del purgatorio, para cuyo trabajo no he tenido apoyo alguno, y todo ha tenido que salir de mí. El purgatorio del Dante no me ha presentado nada de que me haya podido aprovechar.

x.—Pág. 113. Llamada hermosa por los ángeles...

Son tan conocidas estas santas mujeres, que no se necesita hacer sobre ellas ningún comentario.

xi.—Pág. 113. El infierno que creyó en su asombro ver entrar la esperanza...

El Dante ha dicho:

Lasciaste ogni speranza, vïo ch'entrate.

xii.—Pág. 113. Cuanto más penetra...

Después de esta frase venia la descripción de la mansión de los sabios. Muchas personas han sido de opinión que yo hubiera podido, aun teológicamente, ser menos riguroso, y conservar este pedazo; pero no se debe discutir con la religión.

xiii.—Pág. 113. Los diferentes mundos, etc.

«Benedicite omnia opera Domini.» (Ps.)

xiv.—Pág. 110. Abrios...

«Attollite portas... Et elevamini porte aeternales.» (Ps. XXIII, 7), que Milton ha imitado tan bien.

¡Open, ye everlasting door!

xv.—Pág. 113. Nosotros te saludamos, María...

«Ave María.»

xvi.—Pág. 113. Bendita entre todas las mujeres. Refugio de los pecadores...

Benedicta tu in mulieribus; consolatrix afflictorum, refugium peccatorum.

¡Siempre muestras oraciones más sencillas dan los rasgos más nobles, más sublimes, ó más tiernos.

LIBRO VIGÉSIMO SEGUNDO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 114. Con una mano toma una de las siete copas de oro henchidas de la cólera de Dios...

No creo que me susciten altercados por este ángel, por las copas de oro, etc., á no ser que se haya también tomado todo esto por vanas imaginaciones mías. ¿No es vergonzoso el que unos hombres que la echan de críticos, ignoren sin embargo la religión en términos de no conocer las cosas más comunes? Imiten á Voltaire, y sino leen la Biblia como cristianos, estúdiennla á lo menos como literatos.

«Et unum de quatuor animalibus dedit septem Angelis septem phialas aureas plenas iracundiae Dei.» (Apocal. capítulo XV, v. 7).

ii.—Pág. 114. Con la otra empuña la espada...

«Factum est autem in noctis medio: percussit Dominus omne primogenitum in terrâ Egypti...»

«Et ortus est clamor magnus in Egypto.» (Exod., c. XII, v. 29 y 30).

«... Venit Angelus Domini et percussit in castris Assyriorum centum octoginta quinque milia.» (Reg., lib. IV, capítulo XIX, v. 35).

iii.—Pág. 114. La Hoz que vendimia y la Hoz que siega...

«Et alius Angelus exivit de templo, clamans voce magna ad sedentem super nubem: Mitte falcem tuam, et mete, quia venit hora ut metatur, quoniam aruit messis terræ.»

«Et alius Angelus exivit de altari, et clamavit...»

«Mitte falcem tuam acutam, et vindemia botros vineæ terræ.» (Apocal., cap. XIV, v. 15 y 18).

iv.—Pág. 114. El edicto te permite relegarla á lugares infames.

Es bien sabido que la horrible perversidad de los paganos los llevó hasta á hacer honrar á las vírgenes cristia-

nas, en las que la primera virtud era la castidad; y que se empleó muchas veces esta especie de martirio, como se ve en la *Historia Eclesiástica*. Tenemos una tragedia entera de Corneille fundada sobre este asunto; pero yo solo me he servido de este medio para poner á Eudoro en la mayor tentación y en la más acerba aflicción que puede experimentar un hombre.

v.—Pág. 114. Dió cuenta en estas palabras de su entrevista con Diocleciano:

Fue Maximiano quien instó á Diocleciano á que recobrase el Imperio, y á los diputados de Maximiano, dió Diocleciano la hermosa respuesta que todo el mundo conoce; «¡Ojalá que los que aquí os envían pudiesen ver, como vos ahora, las legumbres que cultivo con mis propias manos! etc.»

vi.—Pág. 115. El jardinero de Sidon...

Abdólónimo; los hermosos versos de Mr. Delille, conocidos en todo el mundo, hacen superfluos todos los pormenores.

En esta entrevista de Diocleciano y del mensajero de Eudoro, lo único histórico es la respuesta: Ojalá, etc.

vii.—Pág. 115. Los obispos y prácticos en el conocimiento... su valor.

Tal es la resignación y la fidelidad cristiana.

viii.—Pág. 116. La comida libre...

«La noche que precede inmediatamente al día de los espectáculos, hay la costumbre de dar á los que están condenados á las fieras, una cena, que se llama la Cena-Libre. Nuestros santos mártires cambiaron, en cuanto les fue posible, esta última cena en una comida de caridad. Toda la sala en que comían estaba llena de pueblo; y los mártires le dirigían de cuando en cuando la palabra... Estas palabras... llenaron de admiración y de espanto el alma de la mayor parte de aquellos idólatras... y se quedaron muchos para hacerse instruir, y creyeron en Jesucristo.» (Act. Mart., en Santa Perpétua).

ix.—Pág. 116. En medio de tan tierna escena vióse llegar á un esclavo...

He procurado hacer mi pintura de manera que pudiese pasar al lienzo sin confusión, sin desorden, y sin cambiar una sola de sus actitudes: el pueblo romano de rodillas, los soldados presentando las águilas; los viejos obispos sentados, cubriéndose la cabeza con una punta de su manto; á Eudoro en pie, sostenido por los centuriones, y dejando caer la copa en el momento en que pronuncia esta palabra: «¡Soy cristiano!» la diversidad de trajes, la agape servida bajo el vestíbulo de la prisión, etc.; todo esto podría tal vez animarse con el pincel de un pintor más diestro que yo:

LIBRO VIGÉSIMO TERCERO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 117. El espíritu de tinieblas desaparece...

Nada más común en los poetas que este resorte de una divinidad que toma la forma de un personaje conocido, para producir ó dirigir un acontecimiento: creo que no es necesario hacer ninguna cita.

ii.—Pág. 117. Su victoria sobre los partos.

Crevieres de parecer que Galerio celebró en efecto su triunfo sobre los partos. Esto presenta sin embargo algunas dificultades en crítica; pero yo he adoptado la opinión que más me ha convenido.

iii.—Pág. 117. Restableció las fiestas de Baco.

El año 568 de Roma, descubrió el Senado tales infamias en las fiestas de Baco, que las mandó suprimir.

iv.—Pág. 117. Las desnudas meretrices reunidas al son de la trompeta...

Esta descripción es histórica: solo he omitido algunos escándalos más chocantes. Hubo dos Floras: la primera esposa

de los Zéfiro, reina de las flores, y ninfa de las islas Afortunadas; y la segunda, cortesana romana, que legó su fortuna al pueblo, y cuyo culto criminal se confundió en breve con el culto inocente que se tributaba á la primera Flora.

«Pantomimus á pueritiâ patitur in corpore, ut artifex esse possit. Ipsa etiam prestibula publice libidinis hostiae in scena proferuntur; plus misera in praesentia feminarum, quibus solis latebant, perque omnis aetatis, omnis dignitatis ora transducuntur, locus, stipes, elogium, etiam quibus opus non est praedicatur. Taceo de reliquis, etiam quae in tenebris, et in speluncis suis delitescere decebat, ne diem contaminarent.» (TERUL., de spect., cap. XVII).

«Celebrantur ergo alli ludi (Florales) cum omni lascivia convenientes memoriae meretricis. Nam praeter verborum licentiam, quibus obscenitas omnis effunditur, exnuntur etiam vestibus, populo flagitante, meretrices, quae tunc mimorum funguntur officio, et in conspectu populi usque ad satietatem impudicorum tuminum cum podendis motibus detinentur.» (LACTAN., Div. Ins., lib. I, 20).

San Agustín habla también de estos juegos para anatematizarlos (epist. CCH.) Nadie ignora la anécdota de Catón, que, hallándose un día presente á las fiestas de Flora, y viendo que no se atrevían, por respeto á su virtud, á dar principio á los excesos, se retiró por no interrumpir los placeres del pueblo. ¡Qué elogio de las costumbres de Catón! pero al mismo tiempo, ¡qué deplorable flaqueza de la moral pagana! Catón aprueba moralmente estos juegos, puesto que asiste á ellos; y las costumbres de este mismo Catón impiden que se principien estos juegos. (SEXEC., epistola XLVII.)

v.—Pág. 117. Odres y toneles...

He seguido en todos estos pormenores los diseños de las vasijas griegas, y los bajos relieves antiguos. Puede consultarse sobre esto á Cátulo, *Bodas de Tétis y de Peleo*; á Tácito, en *Claudio*, tratando de Mesalina; y á Eurípides, en *las Bacantes*.

vi.—Pág. 117. Cantemos á Evehé...

Este no es un cántico conocido; no es ni la oda de Horacio, ni el himno de Homero: es, sí, un cántico compuesto de diversas historias que tienen relación con Baco, y del elogio de la Italia por Virgilio. Tengo ya dicho que un crítico poco versado en la antigüedad podría equivocarse, por falta de atención, en estos pasajes de los *Mártires*, y caer en errores desagradables para él: por medio de estas notas se sabrá con quien se ha de hablar. Tampoco citaré las imitaciones, para no privar al lector del placer de buscarlas por sí mismo en los poetas que he citado: primero, Píndaro; y después, *Himno á Baco* atribuido á Homero; Eurípides, Cátulo, Horacio, Ovidio, y Virgilio in *Georg.*

vii.—Pág. 117. ¡Cuán tierno era, en medio del delirio de Roma pagana, ver á los cristianos...

Si se quiere responder de buena fe, ¿no lleva aquí ventaja el Cristianismo al Paganismo? Estas lágrimas de la desgracia, ¿no son preferibles, aun poéticamente, á esos gritos de alegría? ¿Hay por ventura algún lector que se sienta más interesado por el himno de Baco y las fiestas de Flora, que por las oraciones de los cristianos desventurados?

viii.—Pág. 118. Las respuestas y la magnanimidad de Eudoro...

Hay mil ejemplos de jueces, carceleros y aun verdugos, que se han convertido por las palabras y padecimientos de los cristianos á quienes perseguían.

ix.—Pág. 118. Los cristianos, cuya caridad...

Estas no son virtudes imaginarias; los cristianos fueron los primeros que socorrieron á los leprosos abandonados por las calles, llevándolos á los hospitales que edificaron para esta horrorosa enfermedad, y conocidos con el nombre de Leprosarios.

x.—Pág. 118. Y espiró.

Esta escena terrible de una alma que comparece ante el juicio de Dios, delineada en los sermonarios, no se había trasladado todavía, que yo sepa, á la epopeya cristiana: Aunque condeno á Hierócles; no he ido más lejos que el Dante, que encuentra en los infiernos á sus contemporáneos y hasta á un prelado que aun vivía.